

Dióse esta honra á Murcia por ser cabeza del reino, prescindiendo para esta jornada de las provisiones ó privilegios concedidos á Lorca por los reyes pasados para que llevase la vanguardia. Acordado así, quedaron en que al otro día por la mañana marcharía el campo tomando la vuelta de Alanzora, adonde estaba el reyecillo, y en todo el real hubo aquella noche luminarias, hogueras y grande regocijo.

Mas venida la mañana, cuando iba la gente á ponerse en marcha, se mudó de parecer, diciendo Murcia, que sin orden de su Majestad no era justo pasar adelante ni seguir al enemigo, porque la salida que habian hecho era limitada, á quitar el cerco de Vera, y estando ya descercada no habia fundamento para que aquella otra jornada se emprendiese. Triste y desconsolado quedó con tal acuerdo todo el campo, y no sin razon por cierto; pues si aquel tercio llegara á verse con el reyecillo, no hay duda de que le desbaratará y destruyera, acabándose la guerra de todo punto, porque del reino de Murcia se habian juntado alli doce mil hombres bélicosísimos. Sin embargo, al ver que la cabeza del partido revocaba lo que habia acordado, tuvieron que conformarse y no tratar mas deste asunto, volviéndose cada uno á su respectiva tierra. Las ciudades de Lorca y Murcia ganaron fama eterna en la disposicion y prontitud con que prestaron á Vera este socorro, no pudiéndola oscurecer los disgustos que se han referido ocurridos entre ellas. Para cortar el daño que hubiera podido resultar, los caballeros de Murcia procedieron tan generosa é hidalgamente, que sus nombres merecen espacio y recuerdo eterno; por lo cual designaremos aqui el de los mas principales de las dos ciudades. Estos eran don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago; don Francisco, su hermano; Pedro Riquelme, don Pedro Carrillo, Pedro de Balboa, Juan Tizon, Diego, su hijo; Bernardo, Cristóbal, y Francisco Galtero; los caballeros Avalos, Lisones, Avellanedas; Sancho Riquelme, alférez del real estandarte; Ginés de Silvestre, sargento mayor; Bernardino Galtero; los caballeros Tomasés; los Peralejas, y Alemanes Balobreras; don Jerónimo de Ayala, don Jerónimo de Santa Cruz, Francisco Fajardo, don Juan Fajardo, don Juan Vazquez, Rodrigo de Pux Marin, don Enrique Rocaful, Juan Hurtado de Guevara, los Jaimés, Celdraves, Guzmanes y Pajanes; Mateo Borrás, don Pedro de Villaseñor, los Rodas Iofres de Loaisa; Junterenas, Cevallos y Tor-desillas.

De Lorca fueron los siguientes:

Juan Leonés de Guevara, Juan Mellado de Guevara, Luis Ponce de Guevara, Martín de Lorita, alférez mayor de Lorca; Adrian Leonés Alburquerque, Martín Leonés Alburquerque, Adrian Leonés de Guevara, Luis de Guevara, Alonso de Leiva Ponce, Alonso de Leiva Marin, Diego de Leiva, Pedro de Burgos Marin, los Falconetas, los Rendones, Alonso Teruel Alcaide, Alonso Teruel Marcilla, Juan de Teruel Marcilla, los Numeras, Quiñoneros, Piñeros, Perezmontes, y Manchirones.

También de Caravaca vinieron con otras gentes nobles un capitán y alférez muy distinguidos; y por consiguiente de Cohegin, de Totana, de Alhama, y de la villa de Mula, de los cuales citaremos solamente algunas familias, tales como los Borrás, Hitas de Avila, Rosales, Melgarejos, Datos, Torrecillas, y Lázaro Lasos de la Vega.

Hablando destes Lázaros de la Vega, es de saber que un caballero dellos, llamado Juan Lázaro de la Vega, nieto ó biznieto de aquel Garcilaso que mandó matar al rey don Pedro en Burgos, salió de Ciudad-Real por ciertas pasiones que alli hubo; y el rey don Juan le envió á la villa de Mula para servir en aquella frontera con sus armas y caballo en compañía de otros muchos hidalgos que alli se hallaban. Este Juan Lázaro de la Vega casó con una señora de muy noble linaje, llamada Botia, y dellos descendieron los Lázaros Vegas que existen en la villa de Mula y

ciudad de Lorca, del reino de Murcia, sobre lo cual me remito á la ejecutoria que he visto en poder de un escribano del ayuntamiento de Caravaca, llamado Antonio Lázaro de la Vega.

Dejando esto aparte y volviendo á decir del reyecillo, así como este llegó á la ciudad de Purchena, sin que los socorros venidos á Vera de Lorca y de Murcia le hubiesen perseguido, hizo recorrer y saquear todos los lugares del marqués, causándoles poco mal, porque los moradores militaban ya bajo de las banderas del capitán Maleh; y así el daño principal recayó sobre las cosas comunes, como las iglesias y las propiedades del marqués, como palacios, casas y jardines, á fin de que este tuviera que repararlas si acaso las volvía á recuperar. Volvamos al marqués de Vélez, que dejamos en Verja, diciendo primero el romance que se hizo acerca del socorro de Vera.

Lleno de cólera ardiente
Abenhumeya se halla,
Porque el marqués de los Vélez
Venió á su gente en batalla,
Matándole tres mil hombres
De la gente de Granada;
Y de lo que mas le pesa,
Es dejar allá las armas.
Y así, por aqueste agravio,
Se la tenía jurada
De destruirle las tierras,
Y de dejarlas asoladas.
Para salir con su intento
A todo su campo manda
Que se parta para Vera,
Porque queria cercalla;
Y que si viene socorro
De Arjel, halle allí entrada,
Do desembarquen las gentes
En su ancha y grande playa.
El campo se marcha luego,
Dejando las Alpujarras,
Por el río de Alanzora,
Y junto á su orilla pasa;
Al Box destruye y al Boreas,
Del marqués muy estimada,
A Zurgena y Portaloba,
Sin dejar piedra ni casa.
Tan solo deja á Cantoria
Por ser fuerza muy nombrada,
Y que para sí quisiera,
Que está bien fortificada.
De Oria no hace cuenta,
Que está también custodiada.
Ni de los Vélez tampoco,
Porque tienen buena guarda
De sus mismos moradores
Con lealtad estremada.
Pasa de allí el reyecillo
Haciendo á Vera jornada,
Y entra por la Bellabona,
En donde está una atalaya;
A Vera la pone cerco
Pensando luego ganalla;
Pero Vera se defiende,
Porque tiene gente armada.
Tres días la bate el moro,
No puede adelantar nada;
Y Vera puesta en peligro
Con su gente en la muralla,
Pelea muy bravamente
Contra la mora canalla.
Las mujeres valerosas
Se emplean en hacer balas,
Por servir á los soldados
Que andan en la batalla.
Vera corriera peligro
Si el asedio mas durara;
Son muchos los enemigos
Que la tenían sitiada,
Y acuerda pedir socorro
A Lorca, aunque está apartada.
Tres jinetes se aventuran
A atravesar por la escuadra

De aquella morisca gente,
Y salir con su embajada.
Rompén por los enemigos
Con braveza extraordinaria,
Sin que daño recibiesen.
Aunque les tiran mil balas,
Corrieron todo el camino
Sin pararse para nada;
Y el que buen caballo tiene
A los demás se aventaja;
En cinco horas por su cuenta
Dentro de Lorca se halla;
Cuando dió el reloj las once
Su embajada ya está dada.
A las doce llegó el otro,
Y el tercero á la una dada.
Lorca luego se apercebe,
Y á las dos su gente marcha;
Ochocientos hombres lleva,
Porque con estos le basta
Para romper al contrario,
Aunque mucha gente traiga;
También ochenta caballos
Van en aquesta jornada;
Anochecieron en Pulpi,
Y en Vera les tomó el alba.
Abenhumeya que vido
Venir tanta gente armada,
Levanta el cerco de Vera,
Y para las Cuevas marcha;
Y porque eran del marqués,
Las destruye y las abrasa;
Con esto pasa á Purchena
Donde el Maleh ya le aguarda;
Lorca le sale al alcance
Dándole en la retaguardia,
Y siguiéndole hasta el río;
Pero de allí se tornara
Porque ya toda la gente
Venía muy alargada;
Y para Vera se vuelven,
La cual muy regocijada
Los recibe y los obsequia,
Dándole muy finas gracias
Por aquel pronto socorro,
Que fué de tanta importancia.
Mas tarde la noble Murcia
Salió á hacer esta jornada,
Llevando cinco mil hombres,
Gente toda bien armada;
Caravaca, Cohegin,
Y también Mula la hidalga,
Totana, Alhama con ellos,
Como Murcia se lo manda;
Por ser cabeza de reino
En todo fué respetada;
Mas cuando llegó esta gente
Vera estaba descercada;
Y no por eso perdió,
Por no ser ya necesaria,
Honor y gloria famosa,
Pues ya salió á la demanda,
Do mostrara su grandeza
Y virtud aventajada.

CAPITULO XIV.

En que se pone cómo el marqués de Vélez se retiró á Adra, y allí llegó el marqués de la Favara con cuatro mil hombres de guerra; y cómo el comendador mayor, con la gente que trajo de los tercios de Nápoles, acometió á los moros de Bentomiz y Frigiliana, siendo al principio maltratado en batalla por estos, los cuales al fin fueron vencidos y saqueados.

Ya contamos cómo el valeroso adelantado de Murcia venció á la gente del reyecillo, el cual escapó, dejando libre y desembarazada la plaza de Verja; pero aunque su excelencia mandó quemar todos aquellos cuerpos muertos que quedaron en el campo, como pasaban de tres mil, receloso de que resultase algun inficionamiento que dañara su real, mandó retirarse de allí y pasar á Adra, que está distante una sola legua. Se entendió también que tenia orden de hacerlo

así, porque su Majestad habia mandado, que el comendador mayor de Leon, don Luis de Zúñiga y Requesens, fuese por aquella parte con alguna gente de los tercios de Italia, y se la entregase al marqués de Vélez, á fin de que acabara con ella la guerra de las Alpujarras. Para esto fué llamado el comendador mayor, que estaba en Roma; y viniendo á Nápoles juntó de seis á ocho mil hombres de guerra de aquellos de Italia, y embarcándolos en las galeras dió la vuelta de España. Llegado á Barcelona, donde tenia su casa, formó una compañía grande de bandoleros, á los cuales se concedió perdón general de sus malos hechos, porque fuesen con él á la guerra de Granada. Con esta valerosa gente, y la demás que él traía en las galeras, llegó á las partes de Bentomiz y Frigiliana, pueblos de moros levantados y puestos en arma, donde mandó desembarcar, y al punto combatir primeramente la fuerza de Bentomiz, que era muy alta y de áspera subida; puso en la vanguardia á ciertas compañías de la gente de Malaga y su Ajarquia, que habian venido á aquellos lugares por vengarse de un mal tratamiento que los moros les habian hecho, queriendo que atacasen por una parte á la fortaleza, y por otra toda la demás gente de las galeras. Tocada el arma, las cristianas banderas comenzaron á subir la cuesta á toda prisa; pero los moros que ocupaban la altura, defendian la subida arrojando muchas piedras con una endiablada invencion: tenian preparadas muchas ruedas de molino, y por los ojos dellas metidos unos maderos gruesos y largos, y deste modo las arrojaban en derecha sobre las escuadras de los cristianos que subian por la cuesta, y no habia una rueda destas que no se llevase rodando cincuenta soldados si los hallaba por delante, segun la furia y velocidad con que bajaban. Fué tanto el daño que estas ruedas y otras piedras de distinta clase hicieron en los cristianos, que daba grande compasion ver tanta mortandad, y que en pocas horas andaban á tan mal traer las escuadras de unos soldados tan valerosos y veteranos; pero la gente de Málaga y de toda aquella Ajarquia, mostrando una intrepidez admirable, subieron por la parte que les cupo hasta la altura del lugar, donde trabaron con los moros una cruda batalla, durante la cual llegaron arriba los del tercio de Nápoles, y dieron también crudamente con ellos.

Los moros, sin embargo, se defendian y peleaban como leones, matando é hiriendo á muchos cristianos, pero de poco les valió todo su esfuerzo: fueron vencidos, y por último su lugar entrado, quedando en él muertos todos los que con la fuga no pudieron escapar de aquella rota. El saco fué grande, tomándose muchas moras y muchachos cautivos, bien que á precio de gran cantidad de sangre cristiana, y de la vida de soldados muy valerosos que allí fenecieron. El comendador mayor, alcanzada esta victoria, mandó enterrar los muertos y recoger los heridos, partiendo luego de allí con las galeras la vuelta de Málaga, en donde dejó bien poblados todos los hospitales. Quedese aqui algunos días el comendador mientras se repara su gente, que bien lo habia menester después de aquella batalla, y volvamos al marqués de Vélez, el cual estaba ya en Adra, habiendo sentado su real como buen soldado y general esperto, y aguardaba las órdenes de su Majestad. Ya habia mandado llevar las moras que tenia á la fortaleza de las Cuevas, para su mayor seguridad, y de allí fueron trasladadas á los Vélez, siendo entre otros comisionados, uno de los conductores el moro Albexari, de quien atrás contamos cómo le prendió é hirió Francisco Cervantes, y se le trajo al marqués de Verja. Este moro llevaba en un macho á Alanzora, su dama, por mandado del marqués, y caminaba con ella llena de contento por gozar de su vista, al paso que ella no se holgaba menos de la conversacion y compañía de Albexari, amándose mucho los dos; y si no fuera porque toda esta historia es de coscorrones, armas y batallas, trataríamos de propósito

de los estremados amores y ternezas de ambos: solo sé decir, que llegadas las moras á las Cuevas, Albexari se volvió con los demás al real del marqués, y le sirvió muy bien y lealmente hasta la conclusion de la guerra.

Abenhumeya, después del cerco que tan en vano puso á Vera, se retiró con su campo á Purchena, resuelto á aguardar allí á los de Murcia y su reino, si acaso se empeñaban en seguirle; pero en vista de que no le seguian, determinó celebrar unas fiestas solemnes, y las mandó pregonar para que se alegrara su gente. El programa destas fiestas era el siguiente: al que mejor se portase en trabada lucha se le darian cien escudos de oro y una corona de laurel; al que se mostrara mas suelto y corriera con mas lijereza, se le darian cien escudos de oro; al que de tres saltos levantara del suelo, cien escudos de oro; al que mas peso levantara del suelo, cien escudos de oro; al que mas tiempo sustentara en el hombro un canto de seis arrobas, otros cien escudos de oro y un rico alfanje; al que mejor y mas gallardamente danzase la zambra con una bella mora, se le daria una ropa de seda finísima hecha en Arjel; á la mora que mejor danzase, se le daria una riquísima marlota y cuatro almazales finos; al moro que mejor tañese y cantase á la morisca, y que mejor romance ó cancion dijese, un hermoso caballo aderezado y enjaezado; á la bella mora que mejor cantase una cancion arábica, una hermosa marlota guarnecida de oro; al moro que mejor tirador fuese de canto, treinta escudos de oro y un alfanje; al moro que mejor tirara con escopeta ó arco, diez ducados de oro; al que tirara con honda mas derecho y certero, otros diez ducados de oro.

Todas estas fiestas debian hacerse en la plaza de la ciudad de Purchena, que es al propósito muy ancha y grande, y para ello mandó que se arenase y aderezase, entoldando todas las paredes y ventanas con telas ricas de seda y lienzos blancos y labrados. Se ciñó á estos juegos el reyecillo por falta de disposicion para tener toros y juego de cañas, que hubieran alegrado mas á la gente de su campo. Señaló para estas fiestas el término de doce dias, sabiendo que podia estar quieto y seguro de asalto de los cristianos, atento á que el marqués de Vélez estaba aguardando nuevas órdenes en Adra, y á que el campo de don Juan de Mendoza, teniente del marqués de Mondéjar, se mantenía en Orjiva sin orden de lo que debia hacer. Llegando el día señalado para la peligrosa lucha entre los nancebos mas fuertes y robustos del ejército, mandó Abenhumeya que á un lado de la plaza se pusiese un rico dosel de seda, hecho de los paños de las iglesias saqueadas por los moros, y debajo una silla donde él se sentase, con otros asientos al rededor de no tanto valor para sus capitanes y caballeros mas allegados. Sentados todos, comenzaron á sonar añales, dulzainas, atabales y otros muchos instrumentos de guerra para alegrar las fiestas; los terrados y ventanas estaban ocupados de damas moras muy hermosas y bien arreadas, toda la plaza llena de muchas gentes de las Alpujarras, de los rios de Alanzora y Almeria y de otras partes del reino de Granada, y todos los soldados listos y con sus armas á punto, como buenos militares, por si acaso fuese menester usar dellas.

Luego, al son de muchos instrumentos músicos, pareció en la plaza el valeroso capitán Caracacha, acompañado de gran séquito de turcos, vestidos de grana. En medio deste escudron tan lucido, el bravo capitán se mostró con horrible presencia, desnudo, y trayendo solamente unos paños blancos muy ajustados para cubrir una parte de sus carnes, y todo lo demás del cuerpo reluciente por el aceite con que se habia untado, para que su contrario no pudiera hacerle presa con facilidad. Deste modo mostraba muy bien el turco la robustez de sus miembros y fornidos músculos de brazos y piernas, con la anchura de su pecho y espaldas. Caracacha no era hombre muy alto

sino de mediana estatura, de bien trabados miembros y grandes huesos, de tal manera, que en su persona se reconocía muy bien que había fuerzas dobles que las ordinarias; y así, mirándole, decían todos á una voz que Caracacha daba muestras de hombre fortísimo. Luego que el turco hubo paseado toda la plaza, se paró en medio della, que era el lugar señalado para la porfiada lucha, y no tardó mucho en sentirse por una de las calles que venían á la misma gran ruido de cajas y añafles, viendo entrar cincuenta bizarros moros, con trajes y libreas de color verde, muy hermosos, con mucha guarnición de plata y franjas de oro. Todos estos eran tiradores de arcabuces, y así como llegaron á la plaza dieron una bella carga de arcabuceria, y siguieron su marcha con el mismo orden con que habían entrado. De enmedio dellos salió el bravo capitán Maleh, desnudo también y con unos paños muy delgados solamente, trayendo en la cabeza un tocado de mucho precio, con franja de seda color de carmesí, y en los cabos dos hermosas borlas, también de seda y plata. Delante del Maleh venía un pajecillo con un vestido del mismo color verde y guarnición de plata, unas hermosas plumas verdes y blancas en la cabeza, y en el brazo izquierdo un dorado escudo, donde había un campo azul, y media luna en él también de plata, la cual parecía tener asida por una de sus puntas la hermosa mano de una dama, con una letra en arábigo, que decía así:

Mientras mi Luna á la luna
Tocare, tengo esperanza,
Que menguante ni mudanza
Jamás habrá en mi fortuna.

Llevábala el gallardo Maleh, aludiendo á que servía á una hermosa mora, llamada Luna, de quien estaba muy confiado en que nunca faltaría á su fe. Estaba esta puesta á una ventana con otras moras muy bellas para ver aquellas fiestas que habían de hacerse; y así como el bravo capitán entró por la plaza, no apartaba los ojos de la linda mora, contemplando la justa proporción de sus miembros, no blancos ni morenos, pero adornados de un vello hermoso, que daba un extremo realce á las formas y bella construcción de su cuerpo. Ni mas ni menos quedó maravillada toda la gente de los doblados y robustos miembros del Maleh y de sus crecidos músculos, poblados de finas venas azules y muy hermosas. Y si la brava presencia del animoso capitán Caracacha había parecido bien á todos, no menos complació la robustez y perfección del buen Maleh, especialmente después de haber hecho una entrada tan lucida en compañía de gentes que tanto le honraban por su magnífica librea.

Habiendo dicho cuál era la letra del escudo del capitán Maleh, será justo decir algo de la del buen Caracacha. Trajo este un magnífico escudo, el campo rojo claro, á manera de rubí, y dibujado en medio el rostro de una hermosa turca, que parecía un ángel por su maravilloso tocado hecho á lazadas con cadejos de sus dorados cabellos. El cabezon de la camisa era bajo y muy labrado, al parecer de oro y grana; de suerte que se descubría claramente el blanco y terso cuello, al cual rodeaba un hermoso collar hecho de perlas orientales y piezas de oro; de las hermosas orejas pendían unas arracadas de finos rubíes al parecer; y finalmente este retrato le sacó un pintor célebre de Arjel, y el buen Caracacha lo trajo á España para memoria de su contento y recuerdo de su dama. Pareció con él en este día pensando que teniendo delante aquel retrato sacaría de su ánimo dobles fuerzas, como si ella misma estuviera presente. Debajo del hermoso rostro de la dama se leía en turquesco la siguiente letra:

La luna, sol, ni lucero
No tiene tal hermosura,
Como el retrato y figura
De la dama que mas quiero.

No parece sino que este retrato del capitán Caracacha fue sacado por industria en aquel mismo día, pues su letra

hacia punta con la del capitán Maleh, dando á entender por su concepto y sentido, que su dama era mas hermosa que la suya, siéndolo mas que la luna, cuyo nombre era el de la dama del Maleh. Este no lo echó de ver por la distancia del lugar, y porque luego que entró en la plaza, lo primero que hizo fué poner los ojos en su dama, sabiendo la ventana donde había de estar asomada; y así como la vió y percibió que le estaba mirando, se llenó de tanto ánimo, que no tan solamente entrara en dudosa lucha con Caracacha, sino con aquel famoso Alcides, cuyas fuerzas fueron por el mundo publicadas y en tanto tenidas. Las hermosas moras que acompañaban á la bella Luna estaban vestidas ricamente de esquisitas telas de damasco de diversos colores, hechas las ropas con cuanta bazarria pudiera usarse en aquel tiempo, y tocadas maravillosamente á la moderna usanza. La mas gallarda y ricamente vestida estaba la hermosa Luna, porque encima de una marlotita de seda, labrada en telar de varios colores, y que estaba toda acolchada sutil y artificiosamente, á la que llaman acedria, tenía puesta otra de terciopelo, una mitad azul y otra carmesí, golpeada con mucho orden, y formando la bella obra llamada escaramuza; la parte que era azul estaba forrada de una finísima tela de seda amarilla, color que sobresalía por las cuchilladas maravillosamente, y la parte carmesí forrada de una tela de seda plateada, que también hacia un admirable efecto. Tenía un zaragüel blanco, de ruán delgado, muy plegado; los zapatos una mitad azules y otra colorados, por todas partes argentados de oro fino; por la frente y sienas ceñido un listón hermoso de nácar, y sembradas por él unas muy ricas perlas orientales; finalmente, estaba la bella Luna estremadamente hermosa, y costosamente ataviada, que no había ninguno que la mirase que no quedara preso de su vista.

Abenhumeya había puesto muchas veces los ojos en la hermosa Luna; mas como sabía que la serviría el valeroso capitán Maleh, se contentaba con verla y codiciarla, porque á intentar otra cosa, hubiera perdido un adalid tan aventajado, y con él mas de diez mil soldados que militaban bajo de sus banderas. En fin, así como el Maleh entró en la plaza, dió por ella una vuelta acompañado de su gente, y pasando por delante de Abenhumeya le hizo su acatamiento; después se volvió á la parte donde estaban las damas, y haciéndolas también profunda reverencia, todas ellas se levantaron y le correspondieron con mesura. El valeroso Habaquí y un tío de Abenhumeya eran los jueces destas fiestas, señalados por él mismo, los cuales mirando la buena disposición y talle del Maleh, le hicieron grandes elogios, y el Habaquí dijo: «por cierto que si vuestra Alteza para mientes en ello, el capitán Maleh es de grande valor, y me parece á mí, si no estoy engañado, que en lo bien hecho y en la trabazon de los miembros hace gran ventaja á Caracacha; de manera, que si corresponden las obras al buen parecer, desta vez queda sobrado el Caracacha. — Lo mismo me parece á mí, » dijo Abenhumeya, siendo de igual dictamen otros muchos caballeros y capitanes que allí estaban. Luego vieron que el Maleh dejando su hermoso escuadrón á un lado de la plaza, con gallardo semblante y paso á paso se llegó al capitán Caracacha, el cual desde que entró le estuvo mirando, maravillado de su contestura y buen talle, que demostraban ser hombre de mucho brio y grandes fuerzas. No menos consideración le merecieron al Maleh el talle y garbo del africano turco, representándole un hombre de mucho valor y esfuerzo.

Luego se saludaron ambos alegremente, alargándose la mano derecha, y el africano dijo á su competidor: «celebro, valeroso Maleh, que tú seas quien ha emprendido probar sus fuerzas conmigo, porque holgaré en extremo de ver si tu valor llega á tu fama; como has estado siempre de presidio en el río de Almanzora, tengo poca noticia de tus cosas, fuera de aquello que ha sonado en las Alpu-

jaras y sus marinas. » El Maleh le respondió así á estas palabras: «probar mi valor, bravo africano, no te hace á tí tan al caso, como á mí probar el tuyo; pues por él entiendo que te nombraron capitán para estas partes; y atento á esto tengo obligación de probar si el valor de tu persona llega á tu tan alta presunción. » Diciendo así quiso el acaso que volviese los ojos acia el lugar donde un turco tenía el escudo de Caracacha, que no estaba á muchos pasos dellos; y como viese el hermoso retrato de la turca y la arrogante letra en que decía, que era mas hermosa que luna, y sol, y lucero, entendió el bravo español Maleh, que el africano había sacado en su escudo aquel retrato por competencia del nombre de su señora, de lo cual muy enojado y lleno de ardiente cólera pasó adelante con su discurso desta suerte: «y pues ahora estamos en la ocasion de probar cada uno lo que pretende, para poner mayor fuego al caso te pregunto: di, africano, ¿sabes qué cosa es luna? » El africano respondió: «¿por tan torpe y de tan poco saber me tienes, que había de ignorar qué cosa sea luna, cuando nosotros los africanos la ponemos en nuestros escudos, teniéndola por divina, y siendo insignia celestial de nuestras armas, gobernándonos por ella en nuestras prósperas y adversas fortunas? — Pues si eso es así, como confiesas, ¿por qué, dime, defraudas el respeto que debes á la luna, y por ella pones en tu escudo el retrato de tu dama, que es mas oscuro para mis ojos que la noche, respecto de la luna que me alumbró? Realmente, Caracacha, no tienes verdadero conocimiento de la luna, y para que le tengas, y sabiendo lo que es veas que el retrato de tu escudo se queda muy atrás, pon los ojos en la ventana de aquel balcon azul y dorado, donde resplandece un paño de terciopelo verde, y allí verás la luna, digna y merecedora de ponerse en cualquier honroso escudo, aunque fuera el del Magno Alejandro. »

El valeroso africano fijó los ojos en la ventana que el Maleh le señalaba, donde había reunidas muchas bellas moras, y una entre ellas que se distinguía por su adorno y mayor hermosura; por lo cual entendió que le hablaba de aquella á quien tenía por su luna; y afrentándose de que el Maleh hubiera dicho de que con respecto á dicha dama la suya y el retrato eran noche oscura, le contestó diciendo: «Maleh, has despreciado mi retrato, y por él á mi dama, en lo cual has andado muy fuera de razon; y no me maravillo dello, porque dicen que *quien feo ama, hermoso le parece*. Comparaste á mi dama con la noche, cuando con respecto á ella la tuya es una tiniebla palpable; traes en tu escudo su nombre, y tocando con la mano á los delgados cuernos de la luna; sea pues el modo de dirimir la disputa, el que, además del premio prometido por tu rey que está presente, aquel que fuere vencedor por tu rey que está presente, se lleve además el escudo del vencido por trofeo y regalo á su dama. » Esto decía el valiente africano, teniendo por muy cierta la victoria de su parte. Contentísimo el Maleh, le dijo: «por Mahoma te juro, valeroso Caracacha, que me has dado mucho gusto con lo que has dicho, aunque al mismo tiempo gran pesar en alargar el éxito, poniendo la victoria de la lucha á las tres caídas; y así te ruego por lo mucho que debes á tu dama, que no vaya mas de á una sola caída. » A esta sazón llegaron el Habaquí, que era juez de aquel caso, y otros muchos capitanes; á saber en qué estaban altercando los dos competidores; y sabiendo que procedía la discordia entre ellos de tan honrosa ocasion, los concertaron declarando definitivamente que la victoria debía alcanzarse á las tres caídas; en seguida se retiraron todos, y á ellos los dejaron solos.

El valeroso Maleh, enojado muy de veras con el turco, quisiera mas llevar aquel negocio por fuerza de armas que por vía de lucha; mas, en vista de que á la sazón no podía ser otra cosa, se conformó en que el tiempo le ofreciese

mas cómoda oportunidad de vengarse; por lo cual callando, la color mudada y los ojos encendidos de fuego, se fué para el africano, quien no menos enojado le recibió, y así á una los dos bravos competidores se asieron de los molletes de los brazos con tanta fortaleza en las manos, como si estas fueran unas fortísimas tenazas. Comenzaron á tentarse las duras fuerzas el uno al otro, llevándose á todas partes, ya atrás, ya adelante, ya al rededor, como si fueran dos bravos jabalíes, ó dos toros llenos de rabiosos celos. La presa que hizo el africano en el valeroso español era mucho mas fuerte y eficaz, porque el primero venía untado de aceite, y así el Maleh no podía afanzarse en sus carnes, deslizándose en ellas las manos, cuando las suyas se presentaban á su competidor limpias, enjutas y llenas de vello, en donde podía asirse con facilidad. Sintiendo esto el bravo Maleh, determinó remediar prontamente aquella ocasion que le desfavorecía, y para ello dió acia una parte un sacudimiento grande, en fuerza del cual hizo perder la presa al africano, aunque con mucha dificultad y dolor, porque en las duras uñas se llevó el pellejo, dejando bañados de sangre los lugares en donde se habían clavado.

Así que el bravo Maleh se vió suelto de aquella terrible presa, como si fuera un ave se arrojó al suelo, y con las dos manos abarcó cuanta arena pudo de la que cubría la palestra, y era muy blanca y menuda, de la que llamau braja; y luego levantándose en pié, se fué para el africano, que venía ya sobre él con todo su poder, pensando cogerle debajo. Mas era tanta la furia que llevaba, que estando ya levantado el español, se resbaló en la misma arena, y vino á poner las manos en el suelo sin poderse afirmar sobre los piés; por lo cual tocó por fuerza con el pecho en tierra, dejando en la misma arena mucha parte del unto de aceite de que había venido barnizado. Así que le vió el Maleh en esta postura, acudió sobre él con la presteza del pensamiento, para no perder la feliz ocasion que la fortuna le ofrecía, y de un golpe lanzó el arena que llevaba en los dos puños sobre las espaldas del turco, que ya se quería levantar. Pero no le dió tanto lugar el bravo español, porque cargando sobre él le obligó á tenderse segunda vez de todo punto en el suelo. Porfiando el africano por levantarse, se revolcaba mas y mas en la arena, de suerte que quedó lleno della, y perdió el aceite toda su delicadeza y blandura. Gozándose el Maleh de ver la porfia del turco, le dijo: «Caracacha, desta vez la primera caída no será á tu favor, » y después se separó un poco para dar lugar á que el turco se levantase. Levantado que fué, quiso volver á embestir al Maleh ardiendo en viva saña; pero este le dijo, que la arremetida actual había de ser para la segunda caída, respecto á que la primera ya la tenía él ganada. Contradifolo el turco, diciendo que si había caído no era porque él le hubiese derribado, sino deslizándose en la arena, llevado de su propio impulso.

Llegaron á esto los jueces, y examinando el caso declararon que la arena sirvió favorablemente al Maleh y desfavoreció al turco; que la ocasion de la caída deste fué haber querido coger debajo al Maleh, quien tuvo la fortuna favorable, pues por estar él bajo había sucedido la caída del otro. Desta sentencia que declaraba vencedor al Maleh se indignó mucho el turco, y grandemente enojado arremetió á su adversario, el cual no rehusó la parada, antes bien le embistió con gran furia. Asíéndose los dos segunda vez, comenzaron á luchar dura y porfiadamente, fatigando sus brazos durante una hora larga, y pareciéndole á cada uno que tenía un monte acuestas. Aquí fué todo el afán de sus trabajosos miembros, porque cada cual ponía en esta segunda lucha cuantas fuerzas alcanzaba, dándose recíprocamente grandes vueltas, y levantando mucha arena con la fuerza de sus piés. Como el aceite de que se había untado el turco tenía ya perdida su calidad, el Maleh hacia firmes presas en las carnes del

africano, no deslizando en ellas las manos ni las uñas. Era de ver tanta braveza y maña como mostraban allí estos dos valerosos moros, ya usando de la cautelosa zancadilla, ya desechándola y eludiendo el engaño. Daba horror aquel ijadear continuo, y los bufidos que daban, la espuma que les salía por la boca, y el copioso sudor que brotaba de sus miembros; muchas veces por no perder la presa hecha, hincaban las duras uñas en sus cuerpos de tal manera que por muchas partes saltaba la sangre viva.

Esta suerte pelearon gran parte del día sin cansarse, mas como el bravo español había nacido en mejor clima que el turco, y juntaba con su extraordinaria fuerza una gran soltura y lijereza, propiedad natural de aquellas gentes del reino de Granada, llevaba gran ventaja á su adversario, quien siendo también hombre de grandes fuerzas, por el continuo cansancio vió alojarse gran parte del brio que al principio mostraba. Sentíalo así el Maleh, y por eso le apretaba con mas ahínco que hasta allí, de lo cual se espantaba el turco y decía, que aquel no era hombre sino un diablo del infierno, pues mientras mas luchaba mas le crecían las fuerzas, y esclamaba así: «santo Alá, ¿qué Hércules es este, que con tanta fuerza me oprime!» Dicho esto, aunque parecia estar desfallecido, volvió á cobrar nuevo aliento, y apoderándose con sumo esfuerzo del cuerpo del español, le dió dos grandes vueltas; pero poco le valieron, porque enojado el Maleh de que durara ya tanto la lucha sin sacar fruto de su trabajo, poniendo toda su fuerza levantó del suelo al bravo turco, semejando en esto á Alcides cuando levantó de tierra al fuerte Gerion, y teniéndole en el aire hizo demostracion de dar con él en el suelo acia el lado izquierdo; por lo cual el africano volvió con gran presteza los pies de aquella parte, á fin de que el contrario le hallase firme, mas no le sucedió como pensaba, porque entonces el Maleh con mayor brio y prontitud dobló el cuerpo del turco del lado derecho, sin dejarle lugar para que volviese los pies á aquella parte, y dió con él en el suelo una caída tan grande, que dejó todo su cuerpo estampado en la arena, y con gran quebranto de tan desafortado golpe. Retirado un poco el Maleh se paró á mirar herido á su contrario, el cual se levantó como un leon, y sin acuerdo de lo que había de hacer en aquel caso, acometió desatinadamente á su adversario vencedor. El Maleh, viéndole venir desta manera, tuvo por mas cierta la victoria; y así, haciendo demostracion de aguardarle para aferrarse con él, siendo muy otro su pensamiento, dejó que el turco, casi ciego de coraje, le arremetiera, y entonces apartó á un lado el cuerpo, poniéndole delante el pié derecho tan firme como la roca que el mar y el viento combaten en balde. Dando en vacío el impetuoso turco, como iba tan recio, pasó su cuerpo adelante, y tropezando con la pierna del Maleh, cayó tendido en el suelo. Entonces toda la gente que miraba la lucha levantó una gran vocería diciendo: «de mucho valor es el capitán Maleh, pues así ha vencido á un competidor tan poderoso.» Las trompetas y añafles tocaron con alegría por la victoria alcanzada de su buen capitán Maleh, y el turco, lleno de ira, se levantó como un rayo queriéndole embestir otra vez.

No dieron lugar á ello los jueces, acudiendo al caso, y diciendo que la disputa estaba acabada, siendo el turco vencido por el Maleh, que le había hecho dar las tres caídas; y así sacaron del campo al turco maltratado, no estándolo menos el Maleh por el quebrantamiento de sus miembros y de las uñas de su adversario. Al fin quedó vencedor con harta gloria, y pidió á los jueces que le mandasen entregar el escudo del capitán Caracacha que había ganado; los jueces se le dieron, y esto fué lo que mas pesó al africano, que antes quisiera perder la vida que el escudo con el retrato de su bella señora. El Maleh, tomando el escudo y acompañado de su escudron, al son

de trompetas, cajas y dulzainas, salió de la palizada, dió una vuelta á la plaza, y parándose en el lugar donde estaba el reyecillo, le hizo profundo acatamiento. Llamóle Abenhumeya, y tomando una corona de laurel, que estaba sobre una rica mesa, se la puso en la cabeza, y además le mandó dar el premio prometido. Con esto resonaron todos los instrumentos militares, y la gente con grande alarido decía: *riva el capitán Maleh*. Quien á esta sazón viera al africano, conocería el profundo pesar que tenia dentro de su corazon; pero si él estaba avergonzado, no lo estaba menos todo el ejército turquesco, considerando á su buen capitán vencido por un morisco español; y así, cubriéndole con una ropa de fina escarlata, le sacaron de la plaza, y le consolaban diciendo: «que no le diese pena aquella desgracia, porque era forzoso que uno de los dos venciese, no el que mas valia sino el que la suerte quisiera.» El turco, mostrando alegría, dijo que aquello no le daba pena alguna, pero que se quejaba de haber caído dos veces por desgracia sin que el Maleh le tocase; y con esta plática llegó á su posada muy resuelto á tomar venganza. Su vencedor, por el contrario, muy ufano al verse coronado de laurel por la mano del mismo Abenhumeya, embrazó el escudo que había ganado, y en compañía de muchos capitanes se acercó al balcon en donde estaba su señora, y la habló desta suerte:

«Hermosa y clara Luna, que alumbráis mis ojos con vuestros resplandecientes rayos, aceptad este escudo que he ganado con vuestro favor, porque faltándome este jamás le ganara, siendo de un adversario fortísimo que quería deslucir vuestro nombre y belleza; pero siendo esta tal cual se muestra, y haciendo envidioso al sol, no ha permitido el cielo que se la pueda ofender ni dañar, y así puso en mí la fuerza de ánimo necesaria para defenderla; bien que entiendo que vos, con una sola mirada, rindierais á mi contrario.» Diciendo esto, alzó el brazo con el escudo hasta el balcon, que no estaba muy alto, y la hermosa mora, agradeciendo el presente y abajándose, le tomó con su blanca y hermosa mano, poniéndose al parecer todavía mas bello su rostro con la vergüenza que recibió de lo que el Maleh la había dicho. Todas las otras damas que estaban con la hermosa Luna tomaron el escudo, y mirando el retrato que contenia, se quedaron maravilladas de aquella beldad, y decían, que si la turca era tan hermosa como el retrato mostraba, mucha razon tenia el turco en servirla y defenderla, pues era una de las mas preciosas mujeres que tenia el mundo.

La bella Luna, informada de la pesadumbre que sentia el africano por la pérdida de su escudo, se le envió con un paje, mandándole decir que tuviera en mucho aquel retrato; y pues tanto queria á su original, no se pusiese otra vez en contingencia de perderle. Mucha alegría recibió Caracacha con esta restitucion, y envió á dar grandes gracias á la dama por la merced que le hacia, prometiéndole servirla en todo cuanto le mandara en España, en Arjel ó adonde él se hallase. El buen Maleh volvió al puesto que tomó en la plaza, para ver si había algun otro que quisiera salir á luchar con él; pero Muley Abenhumeya le mandó apartar de allí para que otros capitanes probaran sus fuerzas en la palestra; por lo cual fué llevado á su posada con mucha honra, rodeado de su belicoso escudron. A poco rato el Maleh volvió á presentarse en la plaza con otro vestido y nuevos adornos para ver á los que salían á la lucha, y llegó al mismo tiempo que también entraba en ella el capitán Caracacha, no menos ataviado y en compañía del otro capitán turco su camarada, y de muchos jefes del escudron de su mando. Mas así que se vieron el uno al otro, alterada la sangre no olvidando lo pasado, se hicieron mesura con disimulado proceder; el africano odiaba de lo íntimo de sus entrañas desde aquel día al Maleh, y así de allí en adelante procuró todo mal. Muy bien recibidos de los demás que es-

taban en la plaza estos dos bravos capitanes, principiaron luego á hablar de la pasada lucha, y de palabra en palabra vinieron sus ánimos á encenderse en mortal saña, porque el africano le dijo al español, que no hiciera tanto alarde de la victoria, pues no tanto la había alcanzado por su esfuerzo, como por haber tenido él la desgracia de resbalarse dos veces en la arena; el valor de los hombres no se muestra en una lucha, ejercicio de brutos salvajes, sino con las armas, y que en su manejo le demostraria á él y á todos los demás del reino granadino que valia mas que ellos. El Maleh le respondió, que aquella era mucha altanería y la arrogancia propia de un turco; pero que para el manejo de las armas había hombres en las Alpujarras de mas valor que él; lo cual estaba pronto á acreditarlo si gustaba hacer la experiencia. Quiso responder el africano y aun pasar adelante; mas, considerando que estaba presente el rey Abenhumeya, se reprimió, y solo dijo que quedase aquello para otra ocasion en que podria tratarse mas largamente.

Estando en esto se oyó gran música de trompetas y cajas, y vieron entrar por la calle Mayor al capitán Mamiaga, compañero de Caracacha, que como ya dijimos vino también de Arjel con otra escuadra de turcos. Entró en la plaza á guisa de lucha, esto es, desnudo, y mostrando la contéstura de sus doblados miembros, y le acompañaba su brillante escudron, adornado de una hermosa librea pajiza y encarnada, con plumas del mismo color en los turbantes. Todos estos turcos eran diestros tiradores, y dieron una brillante carga de arcabuceria á su entrada en la plaza. Mamiaga llevaba á su lado un pajecillo con su escudo, que era dorado en campo verde, con un leon rojo, al cual una hermosa doncella turca encadenaba con una cadena de plata, habiendo debajo del leon una letra que decía así:

No la cadena me prende,
Aunque sea fuerte y dura;
Préndeme la hermosura
De aquella que está allende.

En esta letra aludia á una dama turca á quien el capitán amaba, y la había dejado en Arjel. Puesto ya el valeroso turco en la palestra aguardando competidor, le miraban todos con gusto, porque era muy bien hecho y proporcionado de cuerpo y miembros; sobre lo cual dijo Abenhumeya: «gran valor muestra el turco; pero entiendo, que tanto este como los demás de su nacion han pensado que le falta á la gente granadina; y por Mahoma que se engaña, porque para ser valerosos les bastaria haber nacido en España.—En el manejo de las armas, dijo el Habaquí, pueden ellos ser mas diestros; mas en lo que toca á bríos, cosas he visto yo hechas por los granadinos en la guerra, á que ni por mucho alcanzan los turcos. Pasara adelante el Habaquí contando algunas dellas, si no interrumpiera la conversacion el súbito sonido de cajas y añafles que acompañaba á un hermoso escudron de cincuenta soldados, todos tiradores y vestidos de verde y amarillo, que entraron en la plaza. Su capitán era el valeroso Joraique, natural de Baza, que venia desnudo á la usanza de buen luchador, llevando un amigo suyo delante un hermoso escudo plateado con el campo de oro, y en medio dibujada una grande granada verde, cuyo pezon era de plata, y en dos de sus hojas se leia una letra que decía así:

Si no se abre la granada,
Baza será memorada.

Tratala el gallardo moro, porque todos sus pasados fueron alcaides de la fortaleza de Baza, y él pensaba serlo también, si por caso Granada y su reino quedaba por los moros, como antes lo había sido; pero no le salió bien la cuenta, como diremos mas adelante. Llegados todos al palenque, dieron una soberbia carga de arcabuceria, y arimándose luego á una parte de la plaza, dejaron en la palestra al Joraique, el cual, mostrando la fortaleza de sus

miembros en la desnudez de su cuerpo, se llegó adonde el turco estaba, y le dijo: «se hace tarde, y así vengamos pronto á las manos, porque luego han de entrar otros que se quedan aderezando.» Dijole el turco: «pues si vienes tan de prisa, á la primera caída podremos dar fin á la palestra.» Respondió el Joraique, que le placía; y así los dos se aferraron con firmeza por los brazos, y era cosa espantable ver la furia con que comenzaron; de tal manera, que decían todos, que si terrible había sido la lucha pasada, no lo era esta menos, ni los segundos competidores de menor valor que los primeros; por lo cual pararon todos su atencion en ellos, viendo que parecían dos toros furiosos ó bravos osos, segun el ánimo con que el uno al otro procuraba dañar cuanto mas podia. Pero como el bravo español de Baza, partícipe del clima de Andalucía y Murcia, gozaba de la influencia de ambas provincias, hacia alarde de tanto esfuerzo, que muchas veces traía á mal traer al africano; el cual, como hombre sagaz y astuto, muy experimentado en tales casos, y de nacion griego jenizaro, hijo de turco, mostraba tanto valor y se ponía tan bien, que el español morisco, aunque mas bravo, no podia vencerle. La lucha se mantenía indecisa, sin que entre los dos hubiera punto de ventaja, y desto andaba muy corrido el buen Joraique. Viendo que era vano todo su afán, que la gloria del vencimiento pendía de una sola caída, y que la fortuna por cualquier azar pudiera dársela á él ó á su competidor, acordó de acabar por maña lo que no podia por fuerzas, pues en la lucha de todo podia usarse; y así desasiéndose del contrario, luchando como estaban á brazo partido, tornaron á asirse de los brazos y comenzaron á darse nuevos y recios vuelcos como al principio, llevándose con gran furia el uno al otro á todas partes.

Notando entonces el Joraique que su contrario estaba muy cebado en aquellas vueltas, asíéndole de los brazos con sus manos, como si fueran unas terribilísimas tenazas, se dejó caer de espaldas en la arena, llevándosele tras sí, y al tiempo en que el turco iba á caer sobre él, poniéndole los dos pies en los pechos, le arrojó de la otra parte, haciéndole dar de cabeza una grande caída; y poniéndose luego en pié con la presteza de un ave, antes que el turco se levantara como queria, se echó sobre él con tanta fortaleza que le acabó de derribar. En este instante dió un grito toda la gente diciendo: «si fuerza tiene el Joraique, no le falta maña, pues con ella ha vencido á un contrario tan duro.» Tañeron entonces con grande alegría las trompetas y añafles del escudron, por la victoria que había alcanzado su valeroso capitán. El africano, tan enojado como corrido, se levantó á toda prisa de la blanca arena, lanzando fuego vivo por los ojos, y dijo con voz trémula: «no es de varones claros y fuertes, sino de viles y cobardes, querer ganar por industria, honra y gloria contra los hombres valerosos que lisa y llanamente ostentan el caudal de sus fuerzas; pero percibo que se juzga en mi desfavor, dándote la gloria del vencimiento. Será forzoso, para la satisfaccion de mi pundonor ultrajado, que el caso se apure por medio de las armas, porque no es decente que deje yo pasar la afrenta sin venganza.»

Llegó en esto el prudente Habaquí con el tío de Abenhumeya, que eran los dos jueces, y oidas las furiosas razones del africano, le hicieron salir del campo por evitar mayor escándalo, ofreciéndole que el caso se veria mas despacio y se le guardaria justicia. Todo el bando turquesco estuvo muy próximo á romper por matar al Joraique; lo cual sentido por algunos capitanes, le dijeron al reyecillo, que no era conducente pasase adelante la lucha, porque della podia seguirse grave perjuicio á sus intereses y á los del reino, que no estaban en punto de arriesgarse á las resultas de semejantes revoluciones; y así, que cesaran aquellas contiendas, y se hiciesen los demás juegos. Abenhumeya consideró que le aconsejaban bien, y

mandó en seguida que saliese de la palestra el Joraique y viniera adonde él estaba. Vino con efecto, y los jueces determinando el caso declararon, que toda maña es de valor en la lucha, y así, que debía dársele el premio y la corona de laurel, á pesar de toda oposicion. Entonces el Joraique cubierto de un paño finísimo, y acompañado de su gente, que celebraba la victoria con la música de muchos instrumentos militares, fué sacado del campo. ¿Quién pudiera contar ahora el enojo y coraje de los capitanes turcos? Si no fuera por el temor de dar al Ochalí, rey de Arjel, mala cuenta de su viaje á España, juntaran su escuadron y rompieran con todo el campo granadino. Abenhumeya mandó publicar la órden de que no hubiese mas lucha, sino que se siguiesen las demás pruebas y juegos que no eran tan achacosos á desazones. Muchos capitanes lo sintieron, porque estaban preparados para luchar y ataviados de costosas libreas, los cuales eran Abenaix, Almozahar, el Gorri, Zarrea, Abouaile, Gironcillo, Puertocarrero, Alrocaime, el Derri y otros muchos valerosos moriscos.

Fué acordado el día siguiente probasen sus fuerzas aquellos robustos varones, levantando con una mano el mayor número posible de ladrillos, y que al que mas se aventajase en esto se le daría un premio galán. Así al otro día de mañana, estando la plaza tan bien aderezada como el anterior, y tan poblados de gente los terrados y ventanas, se pusieron en medio della, donde todos los pudiesen ver, cien ladrillos del tamaño usual, para que se tomaran dellos los que pudiesen alzar los competidores. Estando ya Abenhumeya sentado en su real silla, debajo de un rico dosel, mandó que entrasen los que en este ejercicio quisiesen probar sus fuerzas. No tardó en entrar por la plaza Abenaix, capitán de Cantoria, bizarramente galán, y vestido de una hermosa marlota de grana, franjada con muchos fleucos de plata, bonete de seda de la misma color, turbante con una pluma blanca y otra roja, y un rico alfanje en el cinto. Calzabase de un gallardo borcegui azul, argumentado con fuego, de tal forma, que el morisco parecía muy bien. Acompañábale un brillante escuadrón de caballería con su rica bandera, en la cual llevaba pintado el castillo de Cantoria con una letra que decía así:

Tal la fuerza es de mí fuerte,
Que no hay fuerza que la fuerce.

Daba á entender Abenaix en esta letra de su bandera, que la fortaleza del castillo de Cantoria era tal, que no habia otra mas fuerte en todo el río de Almanzora. Entrando en la plaza con buen órden y rodeándola toda, hecha la reverencia al reyecillo y á las damas cortesanaamente, se fué al puesto diputado para la prueba, en donde habia dos maderos no muy gruesos, tan apartados el uno del otro cuanto alcanza la longitud de cada uno dellos; sobre estos maderillos que estaban tendidos en el suelo debian ponerse los ladrillos que cada uno se propusiera alzar, porque, el que hubiera de probar su fuerza en esto debia de meter la mano por entre los maderos. Llegado allí el valeroso Abenaix fué sacando y poniendo sobre los maderos uno á uno hasta veinte ladrillos, de á tres libras de peso, y estos eran los que se proponia levantar en el aire con una mano, sin ser atados con cuerda ni otra cosa, so pena de no ganar la apuesta; para lo cual se bajó al suelo, metió la mano por debajo de los ladrillos, y haciendo un grande esfuerzo levantó los veinte en el aire, y á bastante altura para que todos lo pudieran ver. Quedó la gente muy maravillada de que con una mano hubiese alzado los veinte ladrillos, que pesaban por lo menos sesenta libras, y que después tornase á ponerlos á pulso sobre los maderillos como antes estaban. Habia presentes al caso dos veedores y un escribano, para tomar nota y dar cuenta del número de ladrillos que cada uno alzase. Abenhumeya maravillado también de que Abenaix con una sola mano hubiese alzado aquel peso en el aire, dijo á sus

capitanes: «bien puede decir Cantoria que tiene un valeroso y gallardo capitán. — Eso preguntémelo á mí, dijo el buen Maleh, que estaba bien cerca de Abenhumeya. Cuando por mandado de vuestra Alteza sali de aquí con mas de diez mil hombres sobre Cantoria, estaba este allí con harto poca gente, y unos Almodóvares, cristianos viejos procedentes de Murcia, los cuales me hicieron una resistencia tan brava, que después de haber muerto y herido á muchos de mis soldados, tuve que retirarme sin poder llevar á efecto la órden de vuestra Alteza; y es muy cierto que si á los de Cantoria les hubiera venido el socorro que enviaron á pedir á los cristianos, no se gloriará hoy vuestra Alteza de que esta villa fuese suya, por el insignie valor de los capitanes y soldados que tenia dentro.

Cesó con esto la plática, porque se oyeron cajas de guerra y otros instrumentos, que anunciaron la entrada en la plaza del capitán Caracacha con su turquesco escuadrón gallardamente ataviado: venia vestido de una rica tela de seda, color azul, muy guarnecida con franjas de plata, y traia en la cabeza un bello turbante de toca, blanca como el armiño, bandeada de oro, con un rico penacho blanco y azul. La librea de todo el escuadrón era de los mismos colores, salvo que los boreguiles de los turcos eran rojos, y los de Caracacha datilados y argentados; también la bandera era azul, y traia en medio una media luna de plata, y una letra de oro, que decía así:

Del líbico mar salió
Sin un punto ser clisada;
Y si se gana Granada,
Ninguna mas mereció.

El africano puso esta letra en su bandera, dando á entender, que jamás fué ella vencida ni hollada en ninguna batalla de las que en Africa habia tenido; y que si se ganase Granada, ninguna de las banderas granadinas tendria tanto merecimiento como la suya, atribuyéndose á sí mismo la gloria del triunfo. Pasando pues el turco adelante, y habiendo hecho alarde de la gallardía de su persona y escuadrón, saludó con grande acatamiento al rey, y luego se fué al lugar donde estaban los ladrillos puestos por Abenaix sobre los maderos; y pareciéndole que bien podría aventajarle con otros dos ladrillos mas, los puso encima de los veinte, metió la mano por debajo, y empleando todo el caudal de su fuerza, se probó á alzarlos; pero no pudo moverlos de su puesto, y en seguida quitó uno de los ladrillos, tornó á probar, y pudo tan poco como de primero; por manera, que quitando los dos que habia puesto, hizo la tercera tentativa, y levantó, sí, del suelo los veinte ladrillos, mas no tan alto como Abenaix; por lo cual, tornando á sentar los ladrillos, dijo: «mal me va con los españoles, pues en dos pruebas á que he entrado con ellos no he podido ganar nada.» Con esto volvió á juntarse con su escuadrón, y siguiendo el mismo órden con que habia entrado en la plaza, se tornó á salir, dando una gentil carga de escopetería. «Mas diestro está en las armas, dijo Abenhumeya, que en la prueba de sus fuerzas el africano; tengo por hombres mas robustos y de mas nervio á los granadinos; de modo que si estuvieran acostumbrados á los ejercicios militares ninguna nacion del mundo les hiciera un canto de ventaja en nada. — Así es verdad, dijo el Habaquí, y con dos años solos que continúe la guerra, no habrá mejor gente, ni mas esperta en las armas en ninguna parte.»

Oyéronse luego nuevas cajas y dulzainas, apareciendo en la plaza otro hermoso escuadrón muy bien adornado, cuyo capitán era el moro Puertocarrero, hijo del alcaide de Jergal. Venia vestido de una ropa encarnada guarnecida con remates de oro; su borcegui hecho en Arjel era datilado; el rico alfanje colgado de un hermoso tahalí; bonete turquesco, y en él penacho blanco y encarnado; la bandera era roja, sin contener letra alguna, sino solo un zancarron y la media luna. Entró á la española como gallardo capitán: una jineta en la mano, y delante dél un

paje bien aderezado, que llevaba un rico escudo dorado, el campo azul, y en medio una letra, que decía así:

Si la que me fuerza á mí
Poniéndome brio y fuerza,
Ora estuviera ante mí,
Se me doblara la fuerza,
Como pareciera aquí.

La mora de que andaba enamorado Puertocarrero era natural de su tierra, llamada en arábigo Fatima, y en castellano Brianda. El á todos entonces pareció muy bien, aunque mejor debia parecer cuando por sus buenos méritos fué descuartizado en Granada; rodeó la plaza, pasó por delante de Abenhumeya haciéndole grande acatamiento; y separándose de su escuadrón, fué al lugar donde habia de probar sus fuerzas, y halló los ladrillos descompuestos, porque Caracacha, mohino de no poder alzar mas que el Joraique, los habia esparcido por el suelo. No sabiendo el número de los que antes habian sido alzados, puso desde luego doce por el órden que era debido, y metiendo la mano por debajo, apenas pudo levantarlos del suelo, no siendo tan mala prueba alzar treinta y seis libras con una sola mano. Tomada nota del acto, por quien tenia cuidado de hacerlo, Puertocarrero volvió á juntarse con su escuadrón, y salió de la plaza gallardamente, dando una gentil carga de arcabuceria y otra de hondas, que dieron placer con sus crujidos. Abenhumeya dijo: «no me parecen malos soldados honderos, porque á fe de rey, que en ocasiones son de grande importancia. — Son muy buenos ciertamente, dijo su tío Abenchoar, y en el tiempo antiguo no se usaba otra cosa que hondas y ballestas de palo, y con estas armas sencillas se obraban muy buenos hechos, de que nos queda profunda memoria. — Verdad es, dijo el Habaquí; mas ahora anda mejor la milicia, porque hay buena arcabuceria, con la cual se hace mas pronto la hacienda.»

Estando en esto entró por la plaza el gallardo Maleh con su bizarro escuadrón, bien vestido de morado, bonete y plumas del mismo color, y borcegui azul argentado; el tahalí azul, tachonado de plata, y del pendiente un rico alfanje. Rodeando la plaza, se desplegó su bandera, que era morada, campeando en ella media luna grande de plata, y debajo un sol, que parecia oscurecido por la luna: aprension natural de moros en dar mas estimacion á este planeta. Llevaba una letra de plata, que decía así:

Es el sol una planeta
Que á las demás les da lumbré;
Mas la luz y la vislumbre
De mi Luna es mas perfecta.

Llevaba esta letra el Maleh porque, como ya hemos dicho, su señora se llamaba Luna, y la tenia en tanto, que decía, que los rayos de su hermosura oscurecian al sol, aunque á las planetas da luz con su lumbré. Llegando pues el moro al lugar en donde estaban los ladrillos, y poniendo veinte y dos dellos por su órden, los levantó, aunque no mucho, del suelo, pero al fin fueron levantados un palmo; y con esto, posándolos, volvió gallardamente á juntarse con su escuadrón. Maravillados quedaron todos de haberle visto levantar con una mano los veinte y dos ladrillos, y exclamaban: «¡valeroso es el capitán Maleh!» Salió este de la plaza dando una hermosa carga de arcabuceria, y dejando á Muley y todos los demás circunstantes muy enamorados de su buen talle y valor. Luego entró en la plaza el bizarro capitán Zarrea con su escuadrón de tiradores muy bien aderezado; la bandera que traia era amarilla y verde, con una letra que decía así:

Desespero, mas espero
Que el tiempo hará mudanza,
Y confío que esperanza
Me dará lo que mas quiero.

Zarrea amaba á una hermosa mora, y aunque no se veia correspondido, tenia firme esperanza de que su deseo se allegaria á buen fin. Entró el moro vestido de una tela del color de su bandera, trayendo un rico alfanje, borcegui verde argentado, zapato amarillo, y en el bonete dos plumas, una amarilla y otra verde. Hecha su mesura á Mu-

ley, á las damas y capitanes, se apartó luego de su escuadrón y fué á hacer prueba de sus fuerzas; pero no levantó sino catorce ladrillos, quedando corrido de no haber alzado mas. Con esto volvió á juntarse con su escuadrón, y dando una gentil carga de arcabuceria, salió de la plaza.

Entró luego en ella el capitán Gorri, vestido de pardo damasco guarnecido de franjas de oro, bonete de la misma tela, con plumas pardas y blancas, un rico alfanje y borcegui datilado. Su bandera era de una tela de color de cielo, sembrada de estrellas de oro, y una media luna de plata, con una letra que decía:

En mí no cabe placer
Hasta que vea á Granada
De los moros conquistada.

El vestido deste capitán moro era conforme á sus pensamientos, como lo demostraba su letra; era hombre mayor y de buen juicio, por lo cual su presencia dió gran contento á todos; y habiendo llegado á la prueba de sus fuerzas, tomó diez y siete ladrillos, que alzó facilmente con una mano. Mostró en la ejecucion buen donaire; y después, volviendo con grave paso á juntarse con el escuadrón que le acompañaba, le hizo dar una buena carga de arcabuceria, y se salió de la plaza. Muley dijo: «no le falta valor al Gorri; al fin es hombre maduro, de sano juicio, y capitán de mucha experiencia y confianza. — Verdad es, dijo el Habaquí, y á ley de moro hidalgo, aseguro que el Gorri se ha mostrado valeroso en todas las ocasiones pasadas, y especialmente en la de Verja, que si no fuera por él nos hubieran tomado los cristianos casi todas nuestras banderas.»

Apareció á la sazón en la plaza, entre el ruido de muchas cajas bélicas y seguido de un escuadrón gallardo, el capitán Derri, hombre valeroso. Venia vestido de azul, con plumas, bonete y borceguis del mismo color, y un rico alfanje al costado; su bandera era también azul, y en ella venian pintadas cuatro cabezas de cristianos en señal de muchos que él habia muerto, con una letra que decía así:

La gloria es matar cristianos,
Que probar las fuerzas no
Es gloria que contentó.

Y tenia razón este moro en la sentencia de su letra, porque no es correspondiente de hombres cuerdos mostrar sus fuerzas, pocas ó muchas, delante de amigos ó de enemigos; porque sabiendo cada uno los quilates del valor del que las prueba, tiene en algo ó en nada el resultado. Así el Derri, célebre y codicioso capitán, entró en la plaza; y habiéndola paseado toda, se llegó al lugar donde se hacia prueba de las fuerzas, puso en órden doce ladrillos, y con harto trabajo los levantó del suelo. Viendo luego que otros habian alzado mas, enojado dijo: «no tengo cuenta con pruebas, ni hago caso dellas; mas vale maña que fuerza»; y tornándose de allí á su escuadrón se salió de la plaza dando una buena carga de arcabuceria. Abenhumeya no estaba bien con este capitán, por lo que atrás dijimos de que le anduvo persiguiendo, codicioso de los diez mil ducados que por su cabeza prometió el marqués de Mondéjar; lo cual no se le habia olvidado, aunque al presente aparentase tenerle en su gracia, movido de los ruegos de otros muchos capitanes; mas adelante veremos que después por poca ocasion le mandó ahorcar.

Después del Derri entró en la plaza Gironcillo el de Granada, vestido muy gallardamente de rojo, con garniciones de plata, bonete y plumas del mismo color, rico alfanje dorado, pendiente del hombro derecho un hermoso tahalí verde, borcegui verde argentado. Llevaba al hombro una buena escopeta de rastrillo, preciándose de tirador, que lo era estremado; en su bandera de color rojo venia pintada la famosa Alhambra, con una letra castellana que decía así:

Si quiere el cielo y fortuna,
En tí, mi querida Alhambra,
Espero danzar la zambra.